

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVI JORNADAS

VOLUMEN 12 (2006)

José Ahumada  
Marzio Pantalone  
Víctor Rodríguez  
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



## **En el nombre de la experiencia. Realismo post-positivista, empirismo constructivo y las tareas de la epistemología**

*Nicolás Lavagnino\**

En el presente trabajo me interesan dos cuestiones: la primera tiene que ver con el intento de articular la experiencia en nuestras construcciones teóricas y narrativas, de manera que podamos justificar una noción de privilegio epistémico derivada de una noción realista del conocimiento científico. La segunda enfoca la cuestión relativa al papel que puede cumplir un tratamiento epistemológico de cuestiones eminentemente políticas. Para ello me centraré en la exposición sumaria de la postura del crítico literario Satya Mohanty, quien desde una postura “realista post-positivista” ha intentado abreviar en la discusión en torno al carácter de la narrativa y del discurso –mayormente referido al pasado, y esto nos hace ingresar en el campo más propio de la filosofía de la historia, pero no necesariamente- con miras o bien a favorecer proyectos políticos vinculados con cierto ideal emancipatorio o bien a erradicar ciertas prácticas consideradas opresoras. En oposición a este intento argüiré, tomando como punto de partida algunos postulados del “empirismo constructivo” de Bas van Fraassen, que difícilmente tal proyecto pueda tener éxito y que por lo tanto es en vano que sigamos esperando por certezas epistemológicas que vengan a direccionar, sosegar y apaciguar nuestras ansiedades políticas.

### **I- El círculo de Mohanty: Experiencias viscerales y narrativas de opresión**

El primer autor que trataré es Satya Mohanty, quien en un trabajo llamado a tener una insospechada repercusión intentó articular una postura que, aceptando los postulados centrales de lo que ha dado en llamarse “giro lingüístico”, esto es una concepción anti-fundacionalista, contextualista y post-positivista del conocimiento, le permitiera al mismo tiempo reclamar una objetividad que delimite los reclamos de alteridad y simultáneamente habilite tratar con los problemas más propios del campo interpretativo<sup>1</sup>. Para ello Mohanty enfocó su interés en una consideración “dual” de la experiencia: un aspecto “real”, que refiere a una “ubicación social objetiva”, y un aspecto construido, que intenta dar cuenta de esa realidad y esa ubicación por medio de alguna teoría o narrativa histórica. Este enfoque supuestamente permite afrontar las dificultades propias del conflicto valorativo al interior de nuestras teorías y narrativas, ya que por más que éstas sean constructos, reposan sobre unos cimientos sólidos –“ubicaciones sociales objetivas”-, lo cual daría lugar a la posibilidad de evaluar “las consecuencias epistemológicas de los diversos sesgos sociales y teóricos” presentes en esas imposiciones de sentido. El punto de Mohanty radica en que podemos preferir unas teorías y narrativas por sobre otras porque está operando la idea de una presión causal por parte de “la realidad social”, la cual nos forzaría en mayor o menor medida en la dirección de una “interpretación adecuada”. Con ello quiere decir que por más que la realidad social pueda llevarnos en la dirección equivocada no por eso debemos creer que carece por completo de poder causal. Vale

---

\* UBA-ANPCYT

*Epistemología e Historia de la Ciencia*, Volumen 12 (2006)

decir, podemos medir los sesgos de los cuerpos de teoría y hacernos cargo de sus consecuencias.

Mohanty, de alguna manera, percibe cierta circularidad en este argumento. Esto es así en la medida que propone fundamentar de un modo realista y post-positivista la concesión de una voz al Otro y para ello encadena términos: realidad social + ubicación social objetiva + teorías sociales y narrativas  $\implies$  articulación de la experiencia  $\implies$  concesión de "voz". Los dos primeros términos justifican el mote realista, mientras que el tercero amerita el tono "post-positivista" del experimento. El problema es que, por un lado, para "medir" el grado de adecuación de esas voces, debemos apreciar en su justo valor las teorías sociales y narrativas que subyacen y prefiguran o configuran la experiencia, y por el otro la noción misma de "adecuación" resulta dependiente de las teorías sociales y las narrativas que sean consideradas como válidas. Ante esto la pregunta que puede uno hacerse es cómo un factor ("adecuación") puede servir para evaluar las correlaciones entre términos cuando forma parte de uno de los términos en cuestión. Esto es, a no ser que contemos con algún otro factor "externo" al encadenamiento de términos, no hay forma de postular algún criterio que sirva para dirimir entre teorías y narrativas en competencia. Ese factor Mohanty lo va a encontrar en la demanda política de una concesión de voz a los oprimidos. Vale decir, de la circularidad del argumento se escapa por vía de una postulación del valor epistémico de la situación de opresión o de la perspectiva del oprimido. El punto es que "otorgar privilegio epistémico a los oprimidos en casos de sociedades constituidas por relaciones de dominación puede ser la única forma de empujarnos hacia mayor objetividad".

Podríamos enfocar la cuestión de una manera distinta. una narrativa que nos satisfacía se ha venido abajo —por los motivos que fuere— Otra ocupa su lugar. Esta concepción sobre el cambio discursivo tiene dos variantes: la que considera una función puramente instrumental y modélica del discurso —en tanto que mera proposición de arquetipos que ayuden en el proceso de significación y comprensión del mundo— y la que reconoce el carácter productivo del discurso *a la par* de la experiencia —lo que a la vez supone una vinculación indeterminada y cambiante entre ambos campos de significación que de ninguna manera supone una adecuación o subsunción de una de ellas a la otra—. Pero ni la primera, debido a su "agnosticismo ontológico", ni la segunda, en atención a su "dualismo signifiante", pueden conceder *a priori* un papel epistémico demasiado destacado a la consideración de la experiencia y de la opresión. Lo que estoy intentando marcar es que tal como está planteado el problema no hay forma de salirse del círculo de Mohanty. No hay forma de aprehender el mundo, discursivizar un campo de ocurrencias no lingüísticas, viscerales o lo que sea, y a partir de ello derivar creencias y valores de esas aprehensiones por fuera de ciertas teorías y narrativas. Y esas mismas teorías no pueden proveernos criterios para evaluar esas creencias y valores, al menos no en un sentido "objetivante" o "realista", al tiempo que no hay forma de creer que una valoración de las condiciones de opresión puede fundamentar un punto de vista interesante acerca de la evolución de los procesos cognitivos. Por más que se reconoce en teóricos como Mohanty que la relación entre pensamiento y experiencia no es transparente y que no están garantizadas condiciones de accesibilidad inmediata, hay una apuesta por aquellos elementos que hacen "a las prácticas sociales en toda su inmediatez e integridad" un dominio de "experiencia sensual

(...) una realidad pre-discursiva directamente sentida, vista y conocida que no puede ser subsumida por el lenguaje<sup>2</sup>. Ciertas experiencias o tránsitos vitales tienen al parecer una connotación cuasi-epifánica, siendo intensamente reveladoras y pletóricas en destellos vivaces, que no pueden sino alentar una noción de experiencia en sentido físico, directo, que genera un informe lingüístico cuyo status es poco menos que incorregible. Lo que el realismo post-positivista pretende es satisfacer un criterio de adecuación por medio del cual puedan regularse las relaciones entre un campo y el otro. Esto implica volver a una concepción referencial del lenguaje –por más actualizada que intente mostrarse teóricamente–.

La posición de muchos críticos de este realismo –la posición de Joan Wallach Scott, de filósofos narrativistas de la historia como Franz Ankersmit<sup>3</sup>, Hayden White<sup>4</sup> o Louis Mink<sup>5</sup>– no implica considerar a la dimensión lingüística, narrativa o literaria, por llamarla de alguna manera, como “fundante”, sino darse cuenta de la irrelevancia del “fundamento” en las relaciones a establecer entre una dimensión y otra. Una opción, bajo una perspectiva que antes denominé “dualismo signifiante”, pasa por considerar que las percepciones primarias, sensoriales, no discursivas de las experiencias que vivimos funcionan como recursos o insumos no lineales de las narrativas, las teorías y las nociones más generales que articulamos a medida que percibimos y con posterioridad. Y viceversa, que las narrativas son, entre otras cosas, un recurso, un armazón, una galería de arquetipos que nos sirve para dar cauce a la miríada de percepciones y experiencias que nos acontecen como ocurrencias no necesariamente –y no principalmente– lingüísticas<sup>6</sup>. Este esquema considera “a todas las categorías de análisis como contextuales, discutibles y contingentes”<sup>7</sup> e intenta historizar las nociones mismas que pretenden operar como fundamento.

Por supuesto todo esto parecerá muy poco a aquellos que consideren que este esquema “deja a las historiadoras sin una noción de existencia subjetiva distinta de las representaciones de la existencia”. Para críticos realistas como Shari Stone Mediatore “en su esfuerzo por rechazar una separación entre experiencia y lenguaje” lo que los anti-realistas o los narrativistas realizan, en la práctica, es “la disolución de la experiencia en el lenguaje”<sup>8</sup>. Pero estas críticas no dan en el punto porque piden algo que el esquema narrativista precisamente no requiere. Efectivamente, las nociones de la existencia subjetiva *no son otra cosa* que las representaciones de la existencia, representaciones que por su propio bien –y su continuidad como representaciones vigentes en un determinado momento para determinados fines– deben intentar mediar y gestionar el cúmulo inestable de significados que se producen en la interrelación de percepciones viscerales, sensoriales y físicas, narrativas y teorías. Pero, por el contrario, esto no supone ninguna disolución de la experiencia en el lenguaje, sino el reconocimiento del carácter inestable, mediado, construido y contingente de la relación entre la experiencia y los recursos simbólicos para dar cuenta de ella. Decir que hay un modo de discernir criterios para favorecer determinadas teorías o modelos de gestión de aquellas interacciones es intentar salirse del círculo de Mohanty, para intentar así fundamentar una intervención política sobre la base de un diseño epistemológico. Implica decir que nuestras “nociones de existencia subjetiva” son algo más que eso, algo más que nociones que obedecen a determinada concepción acerca de cómo son las nociones, qué funciones pueden cumplir y cómo pueden ser evaluadas. Supone afirmar que tenemos modos independientes –de la

discursividad misma- de evaluar nuestra experiencia porque el “mundo extra-discursivo” nos compele a ordenar nuestro esquema de significatividades en una dirección y no en otra. Exige para ello, por último, poner en relación aquel esquema con un mandato moral: el de dar lugar a la voz de los excluidos, cuando su existencia, su carácter y sus demandas son, justamente, aquello que resulta interesante esclarecer, aquello que está en discusión y aquello cuya entidad, propósitos y alcances justamente es imposible conocer por fuera de las prácticas mismas de discursivización.

En suma, la ansiedad por combatir una injusticia y una desigualdad percibida lleva rápidamente a suponer aquello que debemos y queremos establecer: la de que un determinado estado de cosas se debe a determinado factor que se deriva de la interacción entre descripciones de las ocurrencias en el mundo y ciertas teorías sociales y narrativas que las enmarcan. El “problemita” es que no es que únicamente el estado de cosas nos lleva a buscar un factor que vincule ocurrencias y teorías sociales, sino que las teorías sociales construyen los conceptos que delimitan los factores que establecen cuál es el estado de cosas. La concepción de una experiencia visceral, de una narrativa subrogada en los márgenes de lo que las entrañas dictan y de una dialéctica de la opresión como cuadratura del círculo para unificar rumbos solo consigue lo que manifiestamente intenta ocultar: demostrar que, para bien o para mal, las demandas y los problemas políticos difícilmente ganen en claridad o legitimidad siguiendo la ruta del acceso epistemológicamente privilegiado.

## **II- Bas van Fraassen y las teorías como imágenes del mundo**

En esta sección pretendo oponer al planteo de Mohanty algunas consideraciones del epistemólogo Bas van Fraassen relativas a los vínculos de las teorías con el mundo y a su valor empírico<sup>9</sup>. Carezco de espacio como para desarrollar acabadamente los planteos de van Fraassen, que por otro lado se dedica al análisis de las teorías en dominios alejados de las ciencias sociales, como la física experimental, pero en lo que a mi trabajo respecta puede decirse lo siguiente. van Fraassen intenta articular una postura anti-realista -a la que denomina “empirista constructiva”- en lo concerniente al conocimiento científico, sus enunciados y los vínculos que establece con lo que efectivamente sucede. Desde este punto de vista adoptar una teoría implica, por un lado, creer que ella “salva los fenómenos”, es decir, que describe correctamente lo observable. Por otro lado involucra un compromiso con un programa de investigación, con un intento de continuar “el diálogo con la naturaleza” dentro de un marco conceptual y no en otro.

Esto significa que al adscribir a una determinada teoría en detrimento de otras estamos haciendo una diferenciación no sólo epistemológica, sino también pragmática entre ellas. Y supone una tarea para el investigador que no puede conceptuarse como el “descubrimiento” de la verdad relativa a los fenómenos, sino como la construcción de modelos adecuados para comprenderlos. Por el contrario el realismo científico caracteriza a una teoría como una descripción acerca de lo que realmente existe, un relato literalmente verdadero de cómo es el mundo y a la actividad científica como una tarea de descubrimiento. Ante esta postulación el anti-realismo pone en el centro de la cuestión la idea de adecuación empírica, ya que es ella la que termina constituyendo el principal atributo de las teorías científicas. Naturalmente esto

supone una compleja argumentación en torno a la idea de adecuación, pero el punto de van Fraassen es que “no es irracional comprometerse únicamente con la búsqueda de teorías que sean empíricamente adecuadas, aquellas cuyos modelos encajan con los fenómenos observables, al tiempo que reconocer que lo que cuenta como un fenómeno observable está en función de lo que es la comunidad epistemológica (que *observable es observable-para-nosotros*)”<sup>10</sup>. Adicionalmente se sostiene que nada constriñe a una conclusión realista, ya que podemos construir teorías *qua* modelos sin tener que agregar que todas las características de esos modelos corresponden a elementos de la realidad. Se trataría de cuadros imaginativos cuya función consiste en sugerir nuevos enunciados y corregir los antiguos desde una perspectiva eminentemente práctica.

Es sobre el carácter de estos “cuadros” que se revela con mayor claridad el grado de distancia entre el modelo que propone van Fraassen y la perspectiva realista. Para el realismo la consideración prioritaria se remite a la verdad de los postulados: se aspira a un modelo que pretenda ser una réplica fiel, en todo detalle, del mundo. Para van Fraassen, en cambio, la teoría se despliega y es puesta en discusión en la medida que esboza una imagen del mundo. Presentar una teoría, entonces, consiste en “especificar una familia de estructuras, sus *modelos*; y en segundo lugar, especificar ciertas partes de esos modelos (las *subestructuras empíricas*) como candidatos para la representación directa de los fenómenos observables. Podemos llamar apariencias a las estructuras que pueden describirse en los informes experimentales y de medición. La teoría es empíricamente adecuada si tiene algún modelo tal que todas las apariencias son isomórficas con las estructuras empíricas de ese modelo”<sup>11</sup>.

Esta imagen de las teorías supone asignar una división tripartita de propiedades y relaciones: por un lado de tipo internas o lógicas —que en el estudio del lenguaje se denominarían *sintácticas*- y que abarca nociones como la axiomaticidad, la consistencia y la completitud. Por otro, propiedades como la verdad y la adecuación empírica vinculadas a las relaciones que conciernen a la teoría con el mundo o, más específicamente, a los hechos respecto de los cuales ella es una teoría —*nivel semántico*-. Por último, propiedades relativas a las relaciones entre la teoría y sus usuarios. Se trata de un factor *pragmático* o contextual que constituye un acuerdo entre hablante y auditorio para guiar las inferencias por procedimientos distintos de la pura lógica. Consiste básicamente en presuposiciones pragmáticas —como ser la adopción de compromisos teóricos, la aceptación de convenciones lingüísticas, cierta suspensión de la incredulidad- que determinan lo que es correcto hacer en determinada situación lingüística.

Creo que ya he dicho lo suficiente sobre van Fraassen como para intentar establecer algunos contrapuntos entre su postura y la de Mohanty. En primer lugar, y esto es lo más evidente, siendo las teorías para van Fraassen no más que cuadros imaginativos que deben proveer un modelo, el cual no presupone la existencia de las entidades que postula, nos encontramos en Mohanty con un intento por definir la experiencia no sólo en términos de la realidad social —y sus compulsiones en sentido visceral y físico- sino como la interacción de la última con ciertas locaciones sociales objetivas. Hallar una ubicación no supone la “construcción” de esa posición —de hecho la única parte “construida” en la definición de la

experiencia en Mohanty es la de las teorías y narrativas- sino el descubrimiento de la locación precisa que sea el caso.

En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, el privilegio acordado por Mohanty al esfuerzo de regular las relaciones entre las esferas del lenguaje y de la experiencia, centrándose en el papel normativo del referente, equivale a postular la primacía de las propiedades semánticas de la teoría. Pero éstas son, según van Fraassen, solo uno de los tres tipos de atributos que pueden tener. Concentrarse exclusivamente en las relaciones que las expresiones establecen con el mundo, desatendiendo los aspectos internos sintácticos y los pragmáticos, resulta una auto-limitación que, por un lado, requiere una fundamentación más acabada mientras que, por el otro, resulta inapropiado para dar cuenta de los cambios interpretativos que acontecen sin que se aprecien modificaciones sustanciales del campo bajo análisis.

Por último, la cuestión referente a la existencia de un círculo vicioso en la conceptualización de la experiencia y de la identidad, del cual se sale concediendo un privilegio epistémico a los oprimidos, tal como lo hace Mohanty, se puede reformular si consideramos que para una concepción empírica constructiva la existencia de tal círculo no supone desafío alguno. Resulta evidente, dada la concepción de van Fraassen sobre la estructura de las teorías, que mientras la relación semántica esté constituida por la adecuación isomórfica de las subestructuras empíricas de la teoría a las apariencias -en tanto que descripciones e informes experimentales producto de una metodología de mediciones aplicadas a los fenómenos definidos por la ciencia en un contexto determinado-, habrá en última instancia una circularidad en el ámbito semántico que, no obstante, no conducirá a ningún tipo de dependencia teórica o catástrofe lógica. Esto es así debido a que la circularidad se soluciona apelando a las propiedades pragmáticas de la teoría. En esta concepción, entonces, no es necesario apelar a ningún factor externo para resolver el problema, sino reconocer la multidimensionalidad de la teoría y la imposibilidad de tratar estas cuestiones centrándose exclusivamente en el plano semántico.

El propósito de señalar estos contrapuntos, y del trabajo en su totalidad, consiste en mostrar la insuficiencia del planteo que pretende aunar reformulaciones epistemológicas con proyecciones políticas, encontrando en unas los senderos que resuelvan los callejones sin salida a los que condujeron las otras. En concreto, se pretende puntualizar que el papel de la experiencia está lejos de tener un rol regulador y determinante en nuestras construcciones teóricas y narrativas, lo cual vuelve impropio el problema del privilegio epistémico. Que por otra parte es posible concebir una noción de conocimiento científico que no le deba nada al enfoque realista centrado en una descripción verdadera acerca de cómo es el mundo. Y que como modelo o arquetipo, las teorías y las narrativas nos proveen una imagen del mundo que no requiere de más cimientos que los que sus propiedades sintácticas, semánticas y pragmáticas les proporcionan. Si esto es así el tratamiento epistemológico de cuestiones políticas -o viceversa- difícilmente pueda rendir los frutos que de él se esperan, debido a que ambos planos requieren e imponen sus propias modalidades de actuación y dotación de sentido. Por todo esto, resulta hartamente difícil creer que una teoría social centrada en la idea de opresión -o en cualquier otra- sea *necesariamente* capaz de facilitar metáforas políticamente

movilizadoras y a la vez aportar criterios de evaluación de las estructuras de imágenes propias de los procesos cognitivos. En definitiva, y si de eso se trata, tal vez sea hora de volver a considerar políticamente los problemas políticos, aceptando que ninguna reformulación epistemológica nos otorgará, en el nombre de la experiencia, una cartografía apropiada para surcar este mundo de sombras y océanos, y una voz lo suficientemente cierta como para reclamar por la injusticia de tanto silencio.

---

## Notas

<sup>1</sup> Mohanty, Satya: *Literary Theory and the Claims of History: Postmodernism, Objectivity, Multicultural Politics*, Cornell University Press, Ithaca, 1997

<sup>2</sup> Las frases entrecomilladas son parte de una recensión de la crítica Joan Wallach Scott a la autora feminista Christine Stansell, en Scott, Joan Wallach: "Experiencia", *Hiparquia*, X, 1999, p.72.

<sup>3</sup> En Ankersmit, Franz: *Historical Representation*, Stanford University Press, California, 2001, en especial Cap. I

<sup>4</sup> Véase White, Hayden: *Metahistory*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973; *Tropics of discourse*, Johns Hopkins University press, Baltimore, 1978; *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003.

<sup>5</sup> Mink, Louis: "History and Fiction as Modes of Comprehension", *New Literary History*, 1970; *Historical Understanding*, Cornell University Press, Ithaca, 1987

<sup>6</sup> Sobre el papel de los arquetipos en las narrativas véase Frye, Northrop: *Anatomía de la crítica*, Monte Ávila, Caracas, 1991, pp 129-155 y pp.200-314.

<sup>7</sup> Scott, *op.cit.*, p.81.

<sup>8</sup> Stone Mediatore, Shari. "Chandra Mohanty y la revalorización de la «experiencia»", en *Hiparquia*, X, 1999, p.92.

<sup>9</sup> van Fraassen, Bas: *La imagen científica*, Paidós, México, 1996.

<sup>10</sup> van Fraassen, Bas, *op.cit.*, p.36

<sup>11</sup> *Ibid.*, p.89